

## II. A. 1- REDENCIÓN. SOMOS EN CRISTO

*(Madre Fundadora – Ejercicios Profesión Perpetua 1966 - Día 2º)*

Hoy en esa misma oración profunda, adentrada el alma en el plan de Dios, tiene que hacerse el encuentro con el **Misterio del Amor Redentor**.

Ya está hecha la Creación. Ya Dios se complace satisfecho de haber desbordado de este Amor Suyo, de esta Felicidad Suya, en ansias de hacer felices a sus creaturas. Ya está todo realizado, hecho de la nada, y todo era bueno, todo eran destellos de Dios. Pero, el abuso de la libertad que Dios da como don al alma inmortal, engendra el pecado, el desorden y, el eterno plan de Dios, Amor que se desborda en creación, queda truncado. La felicidad del alma, convertida en desdicha; la luz, en tiniebla; la inmortalidad, en muerte por el pecado que desgajó de la Vida de Dios. Amor infinito, de actividad incesante, el de Dios, que obligó a una creación que es la expresión de Su ansia de desbordar Felicidad y Amor, Vida Suya y, ¡todo queda truncado ante esta ruptura!

Cómo el alma, aun sin poder llegar a descubrir este Misterio, se estremece al contemplarlo. Pudo acabar entonces todo. La creación no quedaba independiente de Dios. No. Dios Creador, vivifica con Su mismo Amor, lo que Su Amor eterno creó. La creación necesita el soplo de Dios para existir, y ante el pecado, que dejaba Su Amor desarmado, Dios pudo decir “basta”. Todo hubiera vuelto a la nada, destruido, deshecho, **nada**. Y, Dios seguiría en Su Ser infinito, inmutable, Amor, Felicidad, Gloria. DIOS.

Sí; entremos así en esta oración con la humildad verdadera que ayer se alcanzó al ver la nada que somos. Entrar en esa profundidad; nos sumergimos en un misterio, que nunca podremos llegar a descubrir ni alcanzar, pero que nos envuelve y nos apresa. Misterio Redentor.

Y, en ese “misterioso Misterio” del Amor de Dios, ahondando con el alma en fe, ir recorriendo el proceso del Amor eterno. Las palabras lo abajan a nuestro entender, pero que la fe ilumine el abismo insondable de ese Amor, que, en el Decreto Eterno de Su Trinidad, dijo: “Quiero”, ante la muerte que el pecado había originado. Misterioso Misterio del Amor Redentor. “**Quiero** restaurar la gloria perdida; **quiero** volver a dar la felicidad; **quiero** injertar la Vida que han perdido”. Y en Su plan eterno, en Dios Trino, los Tres, Uno; los Tres, Amor; los Tres, sólo Dios; hay un desgaje que se entrega de Amor. Y, es Dios Padre, Quien, a impulso de Su Amor infinito, “quiere”. Y, es el Verbo, Hijo, eternamente engendrado, Quien, a impulso de un mismo Amor, se ofrece con un grito de Amor Sacerdotal “*Ecce Venio*”. Y, es el Espíritu Santo, Amor sustancial, Quien realiza.

Todo, impulso de Amor Infinito; pero de un Amor de Padre, que **quiere** la Vida en sus hijos-creaturas; de un Amor Sacerdotal, Verbo que toma naturaleza, y hace que Su Sacerdocio Eterno, tenga la realidad de un Sacrificio; y de un Amor Espíritu Santo, que realiza esa Encarnación, para que el Verbo Encarnado, Cristo, pueda decir, con la fuerza de una realidad real: “Padre, he aquí un cuerpo capaz de sufrir”. Y en ese “He aquí”, asume toda la naturaleza, porque ya tiene una naturaleza real, hipostáticamente unida a ese Verbo, que es Dios. Nuestra naturaleza, **la nuestra**, asumida en Cristo, Sacerdote Eterno.

Ahí, hemos de encontrarnos hoy. **En el Infinito del Amor de Dios, en Cristo, almas asumidas, amadas, exigidas.**

Hay que arrancar de ahí, Misterio de Cristo, y llegar a esa profundidad real de **una consagración por el Bautismo, que nos injerta en Él**, para que, cuando vengan las exigencias que manan de la vocación personal, particular, especial, se apoyen en eso que es inmóvil.

Esto es necesario; que el alma quede segura de que la vocación no es una elección nuestra, y, por tanto, la respuesta no puede estar sujeta a un arbitrio de nuestra voluntad. Es un plan eterno de Dios, que primero actuó sin nosotros; nos dio un ser racional; nos hizo nacer en una familia cristiana, que sin tener en cuenta si queríamos o no, nos bautizó y quedamos injertos en Cristo. Todo, plan eterno de Dios. Ahí, todavía no existía nuestra libre voluntad, para haber dicho: "Quiero... o no", y desviarnos de Su Amor. Ahí todavía somos movidos sólo por Su Voluntad de Amor, sin que entre, ni aún siquiera en principio, un primer movimiento de voluntad, ni un principio de mérito –que sería, también, gracia-.

Tenemos que apoyarnos ahí, en ese plan eterno, Amor de Dios volcado en nuestra alma, para que luego, cuando es el alma quien tiene que responder, esté bien cogida, presa, y no pueda, por peso de Amor, quedar lejos de la total exigencia.

Sí. En el Infinito Amor de Dios, en Cristo, estamos asumidos, amados, exigidos.

Y, ahora, en este momento, es cuando el alma ha de enfrentarse con esta realidad: Dios me dio el ser en orden a ser alma oblata de Cristo Sacerdote. Oblata de Cristo Sacerdote, no es más que esa capacidad de Cristo, para continuar Su *"rogo et sanctifico pro eis"*. Si ese es el latido íntimo de Cristo; si ese es el latido que explota en el momento en que ya se le termina la posibilidad real de un sacrificio, y es ese latido el que nos da vida, porque en orden a ser alma Oblata de Cristo Sacerdote, tenemos ser, ¡qué Amor supone de Dios al alma... desde toda una eternidad... qué amor supone de Dios al alma el entroncarla así, en el Sacerdocio de Cristo, el darle vida por el latido más íntimo de Su Corazón Sacerdotal!

Pero, el amor no es una palabra aislada. No es algo que puede quedar solamente en una expresión. Por un Amor infinito del Padre, desgaja al Verbo, dice: *"Padre, he aquí que he venido..."*. El amor tiene una expresión; tiene unas consecuencias; tiene una vida; tiene una realidad. El amor es obra. El amor no puede definirse, y quedar sólo en una expresión, ni en un conocimiento. Porque hubo un Amor Infinito, se desbordó en Creación. Porque ese Amor Infinito no se agota, ante un plan truncado por el pecado, se restablece con otro impulso de ese mismo Infinito Amor: ENCARNACIÓN. En ese mismo Amor Infinito, en el Verbo Encarnado, Cristo Sacerdote, el que grita en ansia de sacrificio: *"He aquí que he venido"*. Hay una respuesta que es también Amor inagotable del Padre, Voluntad salvífica que quiere la Vida para todas las almas, y exige. El Amor es obra.

Hay que ir dejando al alma inmersa en este Misterio de Dios. Hay que lograr en oración larga, sin descanso, que el alma quede presa en este Misterio de Cristo, Misterio Redentor, **que se encuentren Allí, urgida por el Amor Sacerdotal de Cristo, asumida en Él, ungida por el Bautismo que es la base inmóvil donde se apoya toda la exigencia de después**. Es necesario que el alma penetre en esta realidad sublime, y grabe en ella, con la misma fuerza, toda la fuerza incansable de ese Amor, que es obra.

Nuestra Vida es Cristo, no puede quedar quieta. No puede el alma, ungida por el Amor Sacerdotal de Cristo, quedar en sí, sin más. Tiene que urgirnos ese Amor a sentir y saber que la misma exigencia incesante, y que no se cansa, que respondió en el *"Ecce Venio"* con un signo de Cruz, desde el principio, como prueba la más íntima del Amor, sigue ahora, y estamos selladas con la misma exigencia, y tenemos que responder con la misma total y exhaustiva entrega. De otro modo no es posible.

*Sierva de Dios madre María del Carmen Hidalgo de Caviedes*